A continuación encontrarás una muestra del libro
«Jesús en todo» del autor Alfonso Guevara.

Puedes adquirir el libro aquí:
https://www.editorialunilit.com/jesus-en-todo

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com

JESÚS EN TODO

La centralidad y la supremacía divinas

ALFONSO GUEVARA

CONTENIDO

Prólogo		ix
Introducción		xi
1	**Jesús** en el principio	1
2	**Jesús** en la familia	11
3	**Jesús** en el matrimonio	25
4	**Jesús** en el necesitado	35
5	**Jesús** en la enfermedad	45
6	**Jesús** en el trabajo	55
7	**Jesús** en el centro	65
8	**Jesús** en la barca	75
9	**Jesús** en la cruz	83
10	**Jesús** en el creyente	93
11	**Jesús** en la resurrección	103
12	**Jesús** en su Segunda Venida	113
13	**Jesús** en el fin	125
Epílogo		137
Notas		139
Acerca del Autor		141

INTRODUCCIÓN

La entrega de este nuevo trabajo literario está dirigida a quienes, como yo, necesitan de Jesús como nunca. No solo necesitarle y echar mano de Él los domingos o en casos de emergencia, sino cada día, en todos mis asuntos, y en desafíos grandes y pequeños. *Jesús en todo* me habla de la totalidad de la persona de Jesús. Él es «el todo en todos»; quiere decir que, si Él no ocupa el lugar central en mi vida, si Él no está en todo lo que soy, siento, pienso y hago, Jesús no está en todo. A través de las páginas de este libro es evidente que se trata del señorío de Cristo. Él es el Señor de todo o el Señor de nada.

Al leer el contenido, habrán notado que hay una cronología y secuencia clara y obvia respecto a que Jesús esté en todo: de principio a fin. Desde el comienzo de todo lo creado y de nuestras vidas y caminares con Cristo, hasta el fin de los tiempos y de nuestro propio tiempo existencial aquí en la tierra.

Entre esos dos intervalos de tiempo hay lo que llamamos toda una vida: nuestra existencia, nuestro vivir. Si Jesús es en todo, nuestra existencia tendrá sentido y propósito. Fuera de Él, la vida carece de sentido, pues Él es el dador de la vida.

Mi deseo con este escrito es ser muy pragmático bíblicamente, ya que no soy filósofo, aunque algunos conceptos están rociados con gotas filosóficas; no soy ni pretendo ser teólogo,

pero cuando escribes cosas de la Biblia, sus principios y verdades, mejor será que tu teología sea buena. Por eso todos los capítulos están rociados con una pizca de teología y, en algunos casos, en más cantidad para estar alineados como es debido con la verdad de las Escrituras y con Dios, su autor.

Este tratado también pudiera ser una foto de la historia humana de una manera simple, no simplista, de principio a fin. Dentro de ese lapso que llamamos «vida» ocurren cosas muy relevantes. He querido incluir las más trascendentales y apremiantes que, a mi parecer, exigen estos tiempos: familia, matrimonio, vacío existencial, cómo enfrentamos la enfermedad, el trabajo, las crisis, la salvación, el Espíritu Santo, la esperanza, la escatología y la deidad de Cristo.

El capítulo central, y esto no es una redundancia, es Jesús en el centro, pues Él ocupa ese lugar en nuestras vidas y en la historia. Es la bisagra de Dios encarnada en Cristo: Él divide la historia del mundo en dos, así como nuestra propia historia particular. Hay un antes de Cristo (a. C.) y un después de Cristo (d. C.), debido a que Él es de modo indefectible el centro. La persona y la figura central de todo: *Jesús en todo* debe estar en el centro de todo.

El llamado príncipe de los predicadores, Charles Spurgeon, dijo en su tiempo: «Predica a Cristo, siempre y por doquier. Él es el evangelio completo. Su persona, sus ministerios y obras deben ser nuestro tema único y comprensivo».

Vivo en un país donde Jesús está por todos lados, al parecer en la psique colectiva. Sin embargo, cuando escarbas e indagas un poco te das cuenta de que Jesús no está en el corazón de nuestra nación. Está de forma superficial y cultural, pero no de forma espiritual. Como lo describe el profesor Stephen Prothero,

de la Universidad de Boston, en su obra *American Jesus* [El Jesús estadounidense], citado por Stephen Seamands en su libro *Give Them Christ* (Intervarsity Press, 2012), es muy certero: «Jesús es también ubicuo en la cultura popular estadounidense». En la radio, Mick Jagger y Bono cantan de buscar al Buda, pero encuentran a Cristo. En los cines, las películas de Jesús se abren camino cada pocos años, lo mismo con las obras y los musicales dentro y fuera de Broadway. Los lectores también tienen un apetito voraz de Jesús. La Biblioteca del Congreso tiene más libros de Jesús que ningún otro personaje histórico (unos diecisiete mil más o menos), y los libros sobre Jesús continúan acumulándose con rapidez.

Al final, Jesús es un accesorio en el panorama estadounidense. Se encuentra en vallas publicitarias en las carreteras, en pegatinas de parachoques y hasta en tatuajes corporales. Un globo aerostático con el nombre Jesús con una túnica morada que lo identifica como «Rey de reyes, Señor de señores» se puede avistar surcando los aires en varios estados del oeste. Cerca de Disney World (en Orlando, Florida), hay un parque temático de Jesús que se llama *The Holy Land Experience* [La experiencia de la Tierra Santa]. El «Cristo de los Ozarks» es una estatua monumental que se eleva hasta los veinte metros de altura de un Cristo resucitado que señorea cerca de la ciudad de Eureka Springs, en Arkansas.

Esta estatua testifica de la tendencia de algunos estadounidenses que confunden *descomunal* con *grandeza*. No obstante, es testigo fiel del alcance cultural de Jesús que se extiende de costa a costa y llega profundo a la psique nacional. Jesús es un Salvador personal, Héroe cultural y Obsesión nacional. Dónde sino en los Estados Unidos la gente llevaría puesto brazaletes *WWJD* [¿Qué haría Jesús?] y pegatinas de parachoques promoviendo esta

campaña con la pregunta: «¿Qué haría Jesús?». También está una campaña de medio ambiente en contra de las casas rodantes con el eslogan: «¿Qué conduciría Jesús?». O programas de mercadeo como: «¿Qué comería Jesús?». O iglesias que pueden adquirir un *GPS Jesus*, un bebé Jesús para los belenes al aire libre con un dispositivo para rastrear por satélite la prevención de robo.

El autor Prothero concluye lamentándose que, sin duda, Jesús ha transformado la nación estadounidense, pero a su vez la nación lo ha transformado a Él también. Lo han vestido a su gusto, más comestible al paladar cultural y manipulado para promover intereses nacionales.

El Jesús estadounidense que se conoce en muchos círculos como el Rey de reyes no es más que un soberano sujeto a sus súbditos. Es más bien un peón más que un rey. ¿Qué imagen tiene el mundo de Jesús? ¿Qué imagen tenemos nosotros de Él?

En su tiempo, John Lennon «profetizó» que ellos, los Beatles, serían más conocidos y populares que Jesús, y detrás de eso la idea o el concepto de la desaparición del cristianismo. Esto creó un revuelo entre clérigos y religiosos de no poca monta. Su profecía hasta cierto punto probó ser cierta en el contexto estadounidense. Poco después aparecería un libro con la propuesta que Dios había muerto. La revista *Time*, en su edición del 9 de abril de 1966, tenía en su portada la pregunta «Is God Dead?» [¿Está muerto Dios?]. La ola de secularismo era tan grande y gigantesca que pretendía ahogar al mismo Dios.

La cultura estadounidense fue «descristianizando» poco a poco los elementos que sostenían el andamiaje moral y espiritual de una nación que se fundó sobre principios bíblicos judeocristianos. Todas esas cosas sentaron las bases en los tiempos

tumultuosos de la década de los sesenta para la versión de la nación y cultura estadounidense que tenemos en la actualidad.

Jesús en todo es un intento, o más bien una propuesta, para darle el lugar al Señor Jesús que se merece. Él se ha encarnado en todas las esferas de nuestra vida, pero pareciera que a veces lo arrinconamos o lo ponemos en un estante, acaso detrás de una ventana de vidrio como si fuera una manguera de emergencia que solo usamos a nuestro antojo en momentos de emergencia. Jesús no está escondido en una lámpara como si fuera un genio que podemos manipular. Jesús no es una mascota que aparece para entretenernos o darnos compañía a nuestras vidas breves.

Con este aporte literario quiero resaltar la *centralidad de Cristo*; es decir, su derecho divino a estar en el centro de nuestras vidas y mundos particulares, y también de la iglesia. Además, y no menos importante, deseo resaltar la *supremacía de Cristo* que es su derecho divino de llevarnos al centro de su mundo y su dimensión espiritual.

Quizá peque de redundante, pero sabrán perdonarme, pues de esa manera recalco estas verdades tan urgentes y vitales para todos nosotros que deseamos en verdad a *Jesús en todo*.

1

JESÚS
EN EL PRINCIPIO

Es muy apropiado que comencemos desde el principio. No me refiero al principio de este libro, sino al principio de todo, pues Jesús estaba allí. Es más, Él era antes del principio. No dije que existía, sino que Él era. De esto hablaré más adelante.

Si Jesús no está en el principio de todo, tenemos un problema, ya que nada de lo que existe, existiría. No puedo decir que estaríamos en la nada, puesto que no existiríamos. Toda la creación vino a existir y ser gracias a Él, a Jesús en el principio. Por lo tanto, tenemos que ir obligados a Hebreos 1:1-3, a fin de corroborar estas verdades:

> *Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta*

todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

Estos tres primeros versículos nos responden la pregunta de: «¿Quién es el Hijo?». En el versículo uno vemos que Dios no está limitado al tiempo ni al espacio, puesto que ya ha hablado, se ha comunicado «muchas veces» (tiempo) y de «muchas maneras» (espacio).

Dios habló antes desde Adán (padre) hasta Malaquías (el último profeta):

a. «Muchas veces» (cantidad).
b. «Muchas maneras» (calidad).

Ahora, «nos ha hablado»: ¡a nosotros! Si Él ha hablado, ¿lo estamos oyendo?

¿Estamos oyendo bien? En cierta ocasión, se dio el caso de un hombre en la ciudad de Leeds, Inglaterra, que fue al médico para que le chequeara su oído. El galeno le sacó el dispositivo de la oreja, ¡y al instante su capacidad de oír mejoró! ¡Había tenido el aparatito en la oreja equivocada por veinte años! ¡El que tenga oídos para oír, oiga!

En estos tiempos, es decir ahora, nos contesta «quién» es Jesús, el Hijo:

1. Primero, «a quien constituyó heredero de todo».
2. Segundo, «y por quien asimismo hizo el universo».
3. Tercero, «y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder».

Jesús estaba en el principio como Creador construyendo y creando todo el universo.

Todo tiene sentido y orden cuando Jesús está en el principio de la creación, de la vida, del matrimonio, del trabajo, de la casa, de la familia, de la empresa, de la inversión, de la iglesia. Cuando Él está en el principio de nuestro mundo, de nuestro universo, todo cambia y trae orden.

Cuando reconocemos que Él está en el principio de todo, Él promete estar en el fin de todo:

> *He aquí yo estoy con vosotros [...] hasta el fin*. (Mateo 28:20b)

> *Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso*. (Apocalipsis 1:8)

Él no solo está en el principio y el fin, Él está con nosotros «todos los días» en nuestra existencia de principio a fin; en ese paréntesis que llamamos la vida cotidiana.

Hay algunos grupos sectarios que han sacado a Jesús del principio. Jesús preexistía como Dios antes de la fundación del mundo. El no entender a Jesús como el Creador es un grave error. Si no tienes una adecuada revelación de Cristo como Dios, como segunda persona de la Trinidad, el resto de tu teología o conocimiento de Dios será errado y le faltará ese punto tan esencial de la fe cristiana.

Jesús es el Señor de todo o el señor de nada. El de todo es con mayúscula. Si no es el Señor, el Creador de todo en el principio, no puede ser el Señor y Dios hasta el fin de los tiempos. Con excepción de su encarnación y primera venida al mundo por treinta y tres años, Jesús trasciende el tiempo y el espacio

porque es Dios; por esa razón estuvo en el principio y estará en el fin y más allá del fin.

Jesús es Dios, es el Dios creador y no se puede confinar a un lapso y espacio en términos e interpretaciones humanas que lo clasifican y limitan como un ser creado inferior a Dios. Cristo nunca comenzó a ser Dios, siempre es Dios (en tiempo presente). Hebreos 13:8 declara y establece que «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos». Él es desde la eternidad hasta la eternidad y comparte la deidad con el Padre y el Espíritu Santo. Jesús es el Ser Supremo y no puede reducirse ni clasificarse solo como humano.

Dios en Cristo se humanó, se encarnó. Eso quiere decir dos cosas a la vez: Jesús era Dios y hombre a la vez. Dos naturalezas, un solo ser. No es dos personas, es una persona divina que incorporó una naturaleza humana:

> *Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación*. (Santiago 1:17)

Cristo, como el Dios encarnado, el don o regalo del cielo, no tuvo mudanza (en cuanto a su naturaleza de Dios) ni ápice de variación; era y es el Dios eterno. Cristo es Dios y hombre, no es Dios-hombre porque Dios no puede ser hombre, o hacerse hombre, y dejar de ser Dios.

Dios es Dios y seguirá siendo el que es. Esta verdad absoluta de «Jesús en el principio» nos lleva obligadamente a dos pasajes bíblicos que están ligados en el tiempo y el espacio:

Primero: Juan 1:1

A. «En el principio era el Verbo»: «Este era en el principio con Dios» (1:2).

B. «Y el Verbo era con Dios»: «Este era en el principio con Dios» (1:2).
C. «Y el Verbo era Dios»: Esta es la identidad de Cristo. Aquí queda establecida su deidad.

Para nosotros, sin embargo, solo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él. (1 Corintios 8:6)

LA PALABRA → el Logos, el «Verbo».

La Palabra viviente → es el Verbo: la Palabra. El Verbo es la expresión exhaustiva de la mente divina (Juan 1:1-3 y 14).

Nuestras «palabras» les revelan a los demás nuestros corazones y nuestras mentes. De igual manera, Jesucristo es la «Palabra» de Dios que nos revela la mente y el corazón: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9).

Una palabra está compuesta de letras, y Jesucristo es «el Alfa y la Omega» (Apocalipsis 1:11). Estas letras son la primera y la última del alfabeto griego.

Jesucristo es la «última» palabra de Dios para la humanidad, la última «revelación» de Dios. Quiero recalcar que Cristo es en verdad *la última y sublime revelación* de Dios y no la Biblia. Él es la Palabra encarnada.

Veamos tres cosas que tienen que ver con «la Palabra» al leer de nuevo y repasar estos versículos:

1. Jesucristo es la PALABRA ETERNA → Juan 1:1-2
    - Él existía en el principio, no porque tuvo un principio como una criatura, sino porque Él es el Dios eterno.

- Él es Dios y estaba con Dios.
- «Antes que Abraham fuese, yo soy» (Juan 8:58). Nota que lo dice en tiempo presente: Él es... todo el tiempo.

2. Jesucristo es la PALABRA CREADORA → «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1:3).
   - Nota estas dos palabras: «Todas» y «nada». «Todas» es un absoluto. Todo vino a existencia «por él». «Nada» me dice que, si Él no fue el creador ni tampoco hizo todo lo que hay visible e invisible, nada hubiera sido hecho.
   - Hay un paralelo entre Juan 1:1 y Génesis 1:1, entre la «nueva creación» y la «vieja creación».
   - Dios creó los mundos por medio de su palabra: «Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió» (Salmo 33:9). Escribí «mundos» en plural, porque en el principio Dios creó un mundo paralelo que siempre ha existido, que fue invisible hasta hace unos 150 años cuando se descubrió el mundo microscópico justo gracias a los microscopios. Es más, Pablo menciona en Colosenses 1:16 esas «cosas creadas» e «invisibles».
   - Dios lo creó todo por medio de Jesucristo. Él es el Creador: «Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean

principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él» (Colosenses 1:16).

- Nota de nuevo que «fue hecho» (Juan 1:3) → significa que ya está hecho, finalizado. La creación no es un proceso evolutivo, sino que es un «producto final»: «fue hecho».
- Todas las cosas quedaron creadas en el Hijo.

3. Jesucristo es la PALABRA ENCARNADA → «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14).
   - Jesucristo no fue una ilusión, un fantasma ni un invento religioso. Vino al mundo, fue «hecho carne», los pastores le vieron, los magos o sabios del oriente le adoraron, Simeón lo tuvo en sus brazos, María «besó el rostro de Dios» muchas veces, Juan y los otros discípulos le vieron, le palparon, ¡que privilegio!
   - «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)» (1 Juan 1:1-2).
   - Como hombre, Jesús sintió cansancio; le pidió agua a la samaritana, pues tuvo sed; se conmovió de emoción con la muerte de Lázaro, lloró. En la cruz tuvo

sed, sangró y murió... después de resucitado les mostró a sus discípulos que todavía tenía un cuerpo, pero un cuerpo glorificado.

- ¿Cómo se «hizo carne» el Verbo, la Palabra viviente? Por el milagro del nacimiento virginal: Dios se «vistió» de carne de una manera milagrosa usando a una mujer, a María, como el instrumento para «entrar» a nuestro mundo.
- Por eso, «la Palabra» no es un concepto filosófico abstracto, sino una persona de verdad que vivió como uno de nosotros, a fin de identificarse con nosotros.
- Jesús «reveló» la gloria de Dios en su persona, en su poder y en sus palabras, para que creamos en Él: «Este principio de señales hizo Jesús [...] y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él» (Juan 2:11).

Segundo: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1).

A. «En el principio»: Hubo un principio, un comienzo. No fue una explosión cósmica al azar. Hubo un principio intencional por diseño divino. Eso me dice que si hubo un principio, habrá también un final (pero eso lo veremos en el capítulo «Jesús en el final»).
B. «Creó Dios»: La acción (crear) y la persona (Dios). Jesús estuvo allí, creando en el principio. Dios creó de la nada y eso solo lo puede hacer Dios. Ese es el poder creativo de Dios: de nada crear todo.
C. «Los cielos y la tierra»: Creó lo que se ve, pero también lo que no se ve o no se vio por miles de años, como ya

mencioné, el mundo o la creación microscópica no visible al ojo humano y que ha estado ahí desde el principio.

Saber a través de la verdad de la Palabra que Jesús estuvo en el principio es vital para nuestra existencia y propósito de vida. Eso nos garantiza que Jesús también está en el principio de todo lo que tiene que ver con la creación particular de nuestras vidas. Desde el momento de la concepción comenzamos a existir hasta que nuestros ojos ven la luz y comenzamos a vivir. Desde ese momento es que experimentamos los «principios» de nuestra vida aquí.

Jesús en el principio de nuestra niñez, adolescencia y las otras etapas de nuestra vida. En el principio de nuestro matrimonio, de nuestra familia, de nuestras carreras y trabajos, de nuestros emprendimientos; en fin, Él está en el principio de todo con nosotros. Cuando Él está ahí, en el principio, Él está primero, el Señor y Dios de nuestras vidas, hasta el fin de nuestros días. Este no es tan solo un concepto filosófico ni romántico de un deseo existencial. Jesús en el principio es reconocerle como el Dios que es el todo en todos. A Él sea la gloria por siempre.

Dios permita que este sea un buen principio en tu caminar con Jesús.